A la memoria de académicos fallecidos:

CARLOS VEJAR-LACAVE (1908-1989)

PEDRO RAMOS*

Se ha dicho y es verdad, que podríamos sentirnos satisfechos en nuestra vida si supimos siempre hacia donde deséabamos ir, si participamos en la evolución de nuestro tiempo, si en nuestra relación con nuestros semejantes no sólo no asimilamos sus debilidades, sino que contribuímos a superarlas, y finalmente si nuestra mente continuó avanzando aun en la hora de la decadencia. Palabras que parecen haber sido escritas expresamente para el señor doctor Carlos Véjar Lacave, miembro de esta Academia Nacional de Medicina, desaparecido el 15 de mayo de 1989, quien contribuyó a la evolución de su tiempo a través del objetivo de su vida y en sus últimos años, a pesar de penosas enfermedades, su pensamiento se elevó hasta alturas espirituales difíciles de alcanzar.

A su memoria dedicamos estos momentos desde la tribuna de esta Corporación, a la que dedicó desinteresadamente muchas horas de su vida. Entró en ella el 12 de abril de 1950, y en su órgano, la *Gaceta Médica de México,* de la que fue editor varios años, aparecieron en total 24 artículos suyos, el último en enero de 1987.

Inmune a la intriga y a las ansias de poder, poseedor desde muy joven de un anhelo de perfectibilidad que deseó para todos, su actividad, difícil de resumir por ser tan vasta, la desarrolló como médico privado, institucional, hospitalario, maestro de la Facultad de Medicina de la UNAM y de la Escuela Médico Militar, funcionario de la Institución de Seguridad más grande de la República, editor y articulista de revistas médicas y no médicas, entre ellas la de la Facultad de Medicina. Miembro de numerosas asociaciones médicas, científicas, culturales y de acción humanitaria, en ocasiones su fundador, promotor de actividades artísticas. Escritor, ensayista, autor de quince libros y un honroso cargo no profesional, Embajador de nuestra Patria en Helsinki. Dignidad que sólo han alcanzado tres médicos, miembros de esta Academia todos ellos: él, Francisco Castillo Nájera en Washington, en tiempos difíciles, y Norberto Treviño Zapata, en Roma.

Afortunadamente, su obra escrita permitirá a las generaciones venideras conocerlo y conocer la evolución de su pensamiento, desde sus obras de juventud hasta *La hora mística.*

Nació en Jalapa, el 13 de enero de 1908. En 1920 se inscribió en la Escuela Nacional Preparatoria y hasta 1924 recibió las lecciones de los sabios maestros heredados del antiguo régimen, que se desarrollaban en un ambiente nuevo. Porque Vasconcelos, primero Rector y después Secretario de Educación Pública, revolucionó el medio intelectual, e hizo que los muros de su Secretaría y los de San Ildefonso se cubrieran con el fruto del talento y la imaginación de los grandes maestros del movimiento muralista mexicano. Su admiración a Vasconcelos y su mutuo afecto fueron permanentes. Lo acompañó hasta la última de sus enfermedades.

Pero no fue éste el único lazo de amistad que contrajo en la Preparatoria. Desde ahí seis amigos se acompañaron en el estudio de la medicina, en el ejercicio profesional y en el transcurso de la vida: Leopoldo Chávez, Agustín Navarro, Luis Sánchez Bulnes, Luis Vaquero, Carlos Véjar y Gustavo Viniegra desmintieron lo que a menudo se afirma, que no hay amistad que dure toda la vida.

In memoriam ofrecido en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 16 de septiembre de 1989.

* Académico titular.

Su sentido de la amistad lo llevó a disfrutar y sufrir en común. Por eso escribió: "La dicha que se comparte se engrandece y el dolor que se comparte se desvanece". De su generación de estudiante primero y después profesional, fue permamente lazo de unión.

Los días 8 y 9 de mayo de 1931 presentó su examen profesional que, 50 años después, así recordaría: "9 de mayo de 1931, yo, saliendo del Hospital General de mi ciudad, agitando como estandarte magnífico un papel que me declaraba Médico Cirujano; me hacían compañía los abrazos, las sonrisas y las felicitaciones. Se terminaba la etapa estudiantil y comenzaba la etapa responable de enfrentarme a la vida, sin más esfuerzos que el mío y sin más ayuda que mis aptitudes y mi trabajo". Frase que debería hacer suya todo estudiante al recibir su título profesional.

El 29 de abril de 1938 contrajo matrimonio con Celia Pérez Rubio, fiel compañera desde entonces, apoyo en sus trabajo. Por propia voluntad, ayuda única en las enfermedades que, desgraciadamente, lo aquejaron en sus últimos años. Sus hijos Carlos y Estela son dignos herederos de la categoría de sus padres.

La correcta relación entre médico y enfermo fue su tema central y a ello habremos de concretarnos, amén de sus artículos dedicados específicamente a ella y a sus referencias en gran parte de sus publicaciones. A este tema dedicó dos libros: *La deshumanización de la medicina* y *Bajo el signo de Esculapio.* Y la conclusión a que se llega es que la doctrina del doctor Véjar supera la relación comprensiva y afectuosa que aconsejan la mayor parte de los autores. Para él es indispensable otro elemento: la bondad, a la que se refiere en su última contribución a esta Academia, a la que llama "ingrediente obligado en la relación médico-paciente. No sólo es un modo de ser o un carácter espontáneo, sino una medida terapéutica que merece ser tomada en cuenta por los médicos generales y especialistas, puesto que muchas veces actúa mejor que nuestras drogas. Un médico que no sea bondadoso, no sabrá acercarse al enfermo y fracasará ante la estructura mental de muchos pacientes que buscan comprensión". En ello radica su originalidad.

Espíritu abierto al bien, a la belleza, a la verdad, cultivó la ciencia médica en busca de verdades, el arte en busca de la belleza y luchó por la moral y por el bien. *La hora mística* es fruto de sus horas de meditación en busca de perfección.

Termino con palabras suyas, que muestran la esencia de su alma: "Este es el ideal que ha soñado mi espíritu para la tragedia apasionante de mi profesión, son sus normas las que han configurado mi ser y es la doctrina de amor la que ha regido mis actos. El valor del individuo se mide por su capacidad de amar. Por eso el hombre que más amó, Jesucristo, ha sido el de más alto rango en el linaje humano, abrió sus brazos y toda la humanidad cupo en ellos. Debemos hacer de nuestras vidas una historia de amor, predicar la buena nueva a nuestros hermanos y hacer que nazca y se engrandezca nuestra fé". El doctor Véjar descansa en paz.